

propio tiempo que la Reforma. En medio de las guerras religiosas surgió una idea exclusivamente política: la concepción de la unidad por el papa y el emperador fué reemplazada por la teoría del equilibrio. No tiene para nada en cuenta este sistema las creencias; no calcula sino las fuerzas que trata de equilibrar, de modo que garantice la independencia de los pequeños Estados contra las invasiones de un Estado demasiado poderoso. La idea del equilibrio se había ya producido en el siglo XVI; ella explica la alianza de Francisco I con los protestantes y con el Gran Turco. Aunque agitado por pasiones religiosas, el siglo XVII está al propio tiempo inspirado por preocupaciones políticas, hasta el punto de que es difícil decir si la guerra de treinta años es una guerra de religión ó una guerra contra la casa de Austria: un cardenal da en ella la mano á un rey protestante; los papas siguen el partido contrario al poder que restaura el catolicismo en Alemania. Las guerras de religión conducen, en fin, á la paz de Westfalia, que ha sido durante más de un siglo la base de la constitución política de Europa.

Tal es el carácter de las guerras de religión de los siglos XVI y XVII. Son religiosas por las pasiones que animan á las masas, mas son también una lucha de poder. La Iglesia combate para conservar su influencia espiritual y temporal sobre la cristiandad; la fe para los papas es más un medio que un fin. Los reyes combaten por ambición, quieren conquistar esa monarquía que es el sueño de los conquistadores desde la más remota antigüedad; y para ellos más todavía que para los papas, la fe es un instrumento de dominación. ¿Cuál fué el resultado de la lucha? La guerra era juntamente religiosa y política: las consecuencias tuvieron asimismo este doble carácter; y lo que prueba el lazo íntimo de los dos elementos es que los efectos son análogos en el dominio religioso y en el político. De una parte conduce la lucha á la ruina de los proyectos de monarquía universal de la casa de Austria, y de otra, quita una mitad de Europa á la santa sede y destruye para siempre la monarquía universal del papado. La lucha política consagra el principio de las nacionalidades; y lo propio acontece en la lucha religiosa, porque la idea de nacionalidad domina en el protestantismo, y los mismos Estados católicos se separan políticamente de Roma.

Así las largas guerras que llenan los primeros siglos de la Reforma destruyen la monarquía universal bajo sus dos fases. Empero hay un aspecto verdadero en la concepción de la monarquía universal, la idea de la unidad que ha seducido á espíritus como el Dante y Leibnitz. La vida del género humano es una marcha progresiva hácia la unidad, y toda gran revolución es un paso hácia ese término de sus destinos. ¿Cuál es la misión de la Reforma y de las guerras que de ella proceden en el desarrollo de la unidad humana? La monarquía universal es una falsa unidad, porque absorbe y anula otro elemento que es igualmente legítimo, el de la diversidad. Ahora bien, la unidad católica por el papa y por el emperador es una forma de monarquía universal, y estaba, por consecuencia, tan viciada como la unidad romana. La misión de la raza germánica, individualista por esencia, es librar al mundo de esa falsa unidad: ella ha derrocado el despotismo imperial que mataba toda vida, ella es quien ha puesto fin al reinado de los obispos de Roma que pretendían ejercer una dominación universal en nombre de Dios. Las guerras nacidas de la Reforma han continuado esta obra arruinando los proyectos más ó menos amenazados de monarquía universal que se ligaban á la reacción del catolicismo contra la revolución del siglo XVI.

Destruir las falsas formas de la unidad es ya un paso hácia la unidad futura. Los pueblos germanos han hecho más; al propio tiempo que arruinaban la monarquía de Roma pagana y cristiana, dieron al mundo el principio de la individualidad, sin el cual no hay verdadera unidad posible: la verdadera unidad no es otra cosa que la conciliación, la armonía de las diversidades nacionales. Pero ántes de que pueda tratarse de armonizar los elementos individuales, precisa asegurar su existencia: ese es el fruto de la Reforma y de las guerras que la garantizaron. Desde este momento no puede haber ya cuestión de extender sobre el mundo entero ni una tiranía religiosa ni una tiranía política: el hombre ha conquistado la libertad de su conciencia, el Estado su soberanía independiente. Ya no queda más que ligar á los individuos por creencias comunes y á los pueblos por comunes intereses. Impotente es para cumplir esta obra el principio protestante, porque representa demasiado exclusivamente la diversidad germánica: en el do-

minio religioso, el protestantismo aísla las creencias; en el dominio político, el sistema de equilibrio divide las naciones. La unidad está representada por el catolicismo; se manifiesta por la tendencia de los Estados católicos á la monarquía universal. Así coexisten en el siglo XVII los dos elementos de unidad y de diversidad, y todavía están destinados á luchas sangrientas. Se necesitará una nueva era, la de las revoluciones, en la cual hemos entrado, para conducir á la unidad á través de la disolución de las antiguas creencias y de las antiguas formas políticas: esta será la era de las nacionalidades. La lucha del catolicismo y el protestantismo no conduce, pues, á la unidad, pero la prepara.

§ II.—¿Quién es el vencedor?

I.

Ociosa puede parecer la pregunta que formulamos despues de lo que acabamos de decir acerca del carácter y de los resultados de la lucha. Si es verdad que sucumbió el cristianismo histórico, en cuyo nombre se emprendieron las guerras de religión, hay que concluir que de los dos partidos empeñados en el combate fué vencido el que representaba más particularmente lo pasado, mientras que aquel que, sin saberlo, daba el primer paso fuera de la religión tradicional fué el vencedor; el catolicismo sería, pues, el vencido y el vencedor el protestantismo, ó, por mejor decir, el vencido sería el cristianismo tal como se desarrolló á través del imperio romano y de la Edad Media, y el vencedor sería la libertad de pensar, la filosofía en su más lata acepción. Esta apreciación de la lucha del catolicismo y el protestantismo no es un sistema preconcebido, es la expresión de los hechos. La paz de Westfalia, que puso fin á las horribles guerras de religión, fué una transacción, y quien dice transacción dice por lo mismo que ninguno de los dos partidos ha triunfado, que cada uno ha tenido que hacer sacrificios. Así, ni el catolicismo ni el protestantismo como tales salieron vencedores en la lucha. ¿Quién recogió, pues, los frutos de la victoria? Penetremos por un instante en el siglo XVIII: ¿qué vemos en él? La lucha del catolicismo y el protestantismo ha cesado, ó, si se quiere, se ha transformado. La filosofía es quien hace una guerra

á muerte al cristianismo. Y ¿qué es esta filosofía? Es el libre pensamiento que combate todo lo que existe, y, sobre todo, lo que llama las supersticiones con las cuales ha querido la Iglesia encadenar á la humanidad. El movimiento filosófico del siglo XVIII es la agitación que precede á la tempestad; la tempestad estalla, furiosa, universal, y destruye todas las viejas instituciones; estamos todavía en esta era revolucionaria: ¿habrá, pues, que preguntar quién es el vencedor, si el catolicismo ó el protestantismo?

La cuestión ha sido, sin embargo, planteada en el siglo XIX y seriamente debatida. No hablamos de la ambición de la Iglesia que explota la reacción, movimiento de retroceso inevitable en las épocas revolucionarias. Nada más natural que la Iglesia se aproveche del temor que inspira un porvenir desconocido para atraer los pueblos al catolicismo; y no es de extrañar que crea que la reacción es un estado definitivo y que á su voz va á renacer la Edad Media: ¿no muestra á cada paso la historia la incurable ceguedad de los partidarios de lo pasado? Tales ilusiones no nos inspiran más temor que sorpresa: tenemos una fe profunda en el gobierno providencial y en los progresos de la humanidad, y la tentativa de hacer retroceder al género humano es, á nuestros ojos, tan insensata como las alucinaciones de los locos que imaginan poder coger la luna con las manos. Dejemos á los muertos reposar en sus tumbas y ocupémonos en los vivos. La cuestión de quién ha sido vencedor en la lucha del catolicismo y el protestantismo ha sido agitada por uno de los grandes historiadores de nuestro siglo, el cual la ha resuelto en el sentido de que el catolicismo y el papado son imperecederos (1). El nombre de *Macaulay* merece por sí solo que se tomen en seria consideración las opiniones que enuncia, y tanto más debemos hacerlo así, cuanto el historiador inglés es el eco de un sentido bastante difundido en el mundo político acerca de los destinos religiosos de la humanidad.

Cuando se interroga á la historia de la Iglesia, tan íntimamente ligada desde el cristianismo con la de los Estados, se halla una serie de insurrecciones contra el papado; y los papas, dice *Macaulay*, han salido siempre vencedores de los ataques

(1) MACAULAY, *Historical Essays*, vol. VI: *Ranke's history of the popes*.

dirigidos contra su poder. La primera rebelion estalló en la Edad Media en el Mediodía de la Francia. Una civilizaci6n semi-pagana habia allí difundido una libertad de espíritu desconocida en otras partes; el libre pensamiento engendró las herejías y el desprecio del catolicismo; el país entero amenazaba sustraerse al yugo de Roma, cuando, á la voz de Inocencio III, se lanzaron los cruzados sobre los Albigenses y ahogaron la insurreccion en la sangre de los herejes: la Inquisicion acabó la obra de esta insurreccion sangrienta. Siglo y medio despues de la cruzada contra los Albigenses se sublevó Bohemia contra los asesinos de Juan Hus; durante largo tiempo victoriosos, fueron al cabo vencidos los Husitas. En el siglo XVI, la rebelion llegó á ser una revolucion; en ménos de cincuenta años se extendió la Reforma por la mitad de Europa; los reformados se vanagloriaban de poner fin al reinado del Antecristo que imperaba en la Babilonia moderna; mas hé aquí que se produjo una reaccion inesperada; el trono manchado por los Borgias fué ocupado por santos; una vida nueva circuló por el mundo católico, y los papas detuvieron la marcha victoriosa de la Reforma y le arrancaron una gran parte de sus conquistas. Una revolucion más formidable se preparó en el siglo XVIII: cuando la filosofia hubo arruinado las bases de la vieja sociedad, se desencadenó la tempestad y derribó los tronos y los altares. ¿Quién no habria creído llegado el último dia del papado y del catolicismo? Y, sin embargo; nos hallamos en este momento en plena reaccion católica (1).

Estas victorias obtenidas por el papado contra enemigos tan diversos y peligrosos han hecho caer en ilusion á *Macaulay*. El poder del hecho es grandísimo para la raza inglesa, y acaso el célebre historiador ha cedido, sin sospecharlo, á esa influencia, cuando proclama que el papado, léjos de estar en decadencia, está lleno de juventud y de vida (2). Recordemos que este juicio procede de un protestante. *Macaulay* reconoce que la Reforma está más en armonía con la razon que el catolicismo, y declara que es un progreso. Pero ¿qué importa? dice: la religion no es progresiva, ni la religion natural lo es más que la religion revelada; los progresos de la ciencia no tienen nada de comun con la reli-

(1) Escrito en 1837.

(2) "The papacy remains, not in decay, not a mere antique, but full of life and youthful vigour."

gion; un hombre muy ilustrado puede creer misterios que la razon trata de absurdos, y así se ven en pleno siglo XIX acogidas por las clases elevadas de la sociedad las más groseras supersticiones.

La conclusion es desesperante. La admitiriamos en boca de un católico, porque si el catolicismo es la verdad revelada, debe ser eterna; pero cuando un escritor acaba de decirnos que el catolicismo es el producto del error y del fraude y añade que este sistema de supersticiones y de supercherias está destinado á reinar por siempre, nuestra conciencia se subleva y grita que eso es imposible, porque eso se reduce á negar á Dios. Si hay un Dios, hay también una verdad; y á la verdad pertenece el gobierno del mundo, que no á la impostura y al engaño. En nuestra opinion, el ilustre historiador se equivoca; yerra en la apreciacion de la historia, yerra en la apreciacion de la religion. Aun cuando *Macaulay* tuviera razon en los hechos, aun cuando la victoria hubiera sido siempre favorable al papado y al catolicismo, no seria eso una razon para elevar este hecho á la altura de una teoria, y ménos aún para concluir á la eternidad de una institucion que se proclama contraria á la razon. ¿Qué es, despues de todo, un hecho, aun teniendo de su parte una tradicion secular? Los más grandes abusos, los más grandes crímenes sociales tienen de su parte esa autoridad: la esclavitud ha sido un hecho universal; guardémonos de decir del papado lo que Aristóteles dijo de la esclavitud. La poderosa inteligencia del filósofo se dejó influir por la universalidad de la esclavitud; pero cuando el hecho está en oposicion con el derecho no tiene ningun valor, por larga, por general que su duracion sea. Desde el momento en que la conciencia humana reconoce que un hecho es contrario al derecho ó contrario á la razon, no debe plegarse bajo el peso de la tradicion, ántes debe protestar; y esta protesta prevalecerá, aun cuando no fuera sino la voz de un solo hombre, porque lo porvenir pertenece á la verdad, y no á la fuerza ni al error.

Ateniéndose á las apariencias, el papado es victorioso en la Edad Media: los Albigenses son exterminados, los Valdenses desaparecen; pero si se mira de cerca, se ve que las hogueras que devoran á los herejes son igualmente funestas á los que las encienden. Los hombres perecen, las ideas no se destruyen por la violencia; sólo se borran los errores, la verdad es inmortal. Así lo que habia

de verdadero en las herejías del siglo XII sobrevivió á los desgraciados sectarios. Se pretende que el papado fué victorioso; ¿de dónde vienen entonces los precursores de la Reforma en el siglo XV? Verdad es que Hus pereció en la hoguera y que los papas ahogaron en sangre la terrible insurreccion provocada por el martirio del reformador; pero la idea se salvó nuevamente del hierro y del fuego y ganó nuevas fuerzas en cada renacimiento, purificándose y desprendiéndose del error que la alteraba; la Reforma se prepara en Inglaterra y en Alemania, y despues viene Lutero, que venga á Juan Hus, exclamando: ¡nosotros somos todos Husitas! Los papas recogen todas sus fuerzas para luchar contra un enemigo que renace incesantemente de sus cenizas; logran contener los progresos de la Reforma y hasta recobran una parte del terreno que ésta habia invadido; mas ¿significa esto que saliera victorioso el papado? ¿Singular victoria aquella contra la cual se ve obligado á protestar el vencedor! Aunque la paz de Westfalia consagraba las conquistas de Roma, se negó el papa á firmarla; y tenía razon para protestar, porque fué vencido el cristianismo histórico, del cual era órgano. ¿Qué importan los éxitos parciales del catolicismo! Por lo mismo que estos éxitos no son más que parciales, el catolicismo sucumbe. El papado queria restablecer la unidad cristiana, atraer los extraviados á la obediencia de los vicarios del Cristo; y despues de furiosas luchas, una paz solemne, sancionada por todos los Estados de la cristiandad, otorgó la tolerancia á los protestantes. Hé ahí por qué no firma el papa la paz de Westfalia; se siente vencido, pero, fiel á su mision, sufre su derrota y no la acepta.

Proseguirémos en el curso de estos Estudios la lucha del catolicismo contra la sociedad salida de la Reforma; detengámonos por el momento en los resultados de las guerras de religion. El papa protesta contra la paz de Westfalia, contra la tolerancia que esta paz otorga á la herejía, y su protesta está destinada á hacer reservas para lo porvenir. Si el catolicismo fuera realmente lo que pretende, expresion de la verdad revelada, le perteneceria lo porvenir y podria decirse que no ha sido vencido, porque no ha aceptado su derrota. El hecho nos trae, pues, á la idea: ¿quién es vencedor en el dominio del pensamiento? La conciencia humana ha pronunciado su fallo sobre este debate; el catolicismo

ha sido vencido por la Reforma, y aún más fundamentalmente por la filosofia. Que há sido vencido por la Reforma lo prueban las mismas victorias que ha obtenido sobre los protestantes. ¿Las debe acaso á la superioridad de su doctrina, á ese principio divino de que se gloria ser el representante? No es por la libre discusion, no es por el poder de la verdad, sino por la violencia, por la inquisicion, por el jesuitismo, por lo que ha ganado terreno la Iglesia. El mismo historiador ilustre que combatimos confiesa que la política pontificia es una política de astucia y de engaño (1): ¡segun *Macaulay*, seria, pues, el espíritu de dominacion, ayudado del fraude, quien estaria destinado á gobernar eternamente al mundo!

Prosigamos. Si el catolicismo es la verdad revelada, su dominacion es de órden divino, es el gobierno de Dios mismo por el órgano que éste ha elegido. Tal ha sido siempre la pretension de los papas, y ellos han sostenido igualmente, sus defensores lo dicen hoy todavía, que la religion católica garantiza juntamente la estabilidad, el órden y la libertad. No es esa la opinion del historiador inglés, y los espíritus no preocupados reconocerán con *Macaulay* que la reaccion del catolicismo ha sido poco provechosa á los pueblos que quedaron sometidos á las leyes del papado. La comparacion entre los países protestantes y católicos es enteramente favorable á la Reforma. ¿Qué han ganado Italia, España y Bélgica con el yugo de Roma? La decadencia intelectual, moral y fisica. El árbol se conoce por su fruto, dice la Sagrada Escritura. Una doctrina que produce la muerte no está llamada á dirigir los destinos del género humano; se necesita una doctrina de vida, y la vida no está sino donde se halla la libertad de pensar, es decir, no está en el catolicismo.

Si el catolicismo es vencido, ¿se podrá decir que el vencedor es el protestantismo? Entendámonos. El historiador inglés á quien respondemos tiene razon al afirmar que el protestantismo, despues de su primer impulso y despues de la reaccion católica, ha quedado estacionario. Siglos han pasado sin que haya hecho más conquistas. ¿No es esto también una señal de muerte? En cierto sen-

(1) Among the contrivances which have been devised for deceiving and controlling mankind, the polity of the Church of Rome occupies the highest place.

tido, sí. El protestantismo como tal, es decir, la pretendida reversion al cristianismo primitivo, era una ilusión de los reformadores, ó, si se quiere, una arma de guerra para batir en brecha á la Iglesia. Una vez cumplido el fin, el protestantismo debía transformarse; y esta trasformacion se ha cumplido, no sólo en el seno de la sociedad protestante, si que tambien fuera del protestantismo oficial. Los reformadores dicen hoy que su religion es la religion del progreso; y con este sentido hay una infinidad de protestantes fuera de la Iglesia protestante. Hay, de otra parte, naciones enteras, católicas en apariencia, que no tienen ya de catolicismo más que el nombre; si no son protestantes á la manera de Lutero y de Calvino, lo son por la libertad intelectual y por la tolerancia que distingue á los descendientes de Calvino y de Lutero. En definitiva, ni los papas ni los reformadores del siglo XVI son los que reinan en la sociedad, sino un espíritu nuevo que procede de lo pasado, pero que no es ya el espíritu de lo pasado.

II.

No podemos tampoco aceptar en este punto la opinion del historiador que venimos combatiendo. Sin embargo, en el momento en que escribimos (1), la reaccion católica está enteramente de su parte, y aún parece más poderosa que en la época en que *Macaulay* proclamaba imperecedero el papado. Á juzgar por las apariencias, el escritor inglés ha sido profeta: el catolicismo concentra todas sus fuerzas para recobrar el gobierno de la sociedad; las divisiones interiores que lo debilitaban se han aplacado; la unidad, principio de su fuerza, es más absoluta que nunca; no hay ya oposicion en el seno de las Iglesias nacionales; los mismos altivos galicanos se someten al vicario de San Pedro; no hay ya hostilidad entre el clero regular y el clero secular, todos se reúnen en un esfuerzo comun y supremo, y este esfuerzo heroico parece coronado por el éxito. El papado ha hecho en pleno siglo XIX lo que al fin del XVIII se habria juzgado imposible: ha obtenido, de una parte, concesiones á lo que llama su libertad de mano de los reyes que se habian mostrado siempre más celosos de su independencia; y de otra, ha osado invadir el país herético

(1) 1857.

co por excelencia, la isla de los Bretones; y se ha atrevido á más, á promulgar en faz de la filosofía, y con desprecio del buen sentido, un dogma nuevo que no es más que una nueva supersticion. ¿No pudiera, pues, decirsenos: vosotros, que hablais de la señal de los tiempos, estais ciegos hasta el punto de no ver en lo que pasa á vuestra vista los signos evidentes de un renacimiento católico?

Comparemos este pretendido renacimiento del catolicismo con la época en que la Iglesia reinaba sin rival. Durante los largos siglos de la Edad Media, el papado era soberano, de derecho, si no de hecho; su supremacia era reconocida por los reyes, rivales naturales de su poder; el emperador, que se consideraba gobernaba la cristiandad de concierto con el papa, recibía su corona de la santa sede; la pretension de los Gregorios y de los Inocencios era que pertenecia al vicario de San Pedro el derecho de juzgar de la dignidad del elegido y de deponerlo cuando se mostrara indigno; los mismos emperadores confesaban que, si se hacian culpables de herejia, eran por este mero hecho destituidos del trono. Esta dominacion era reclamada por los papas como un derecho divino. Hoy se llaman todavía sucesores de San Pedro y vicarios del Cristo; pero ¿qué se ha hecho del derecho divino en virtud del cual conferian coronas y deponian á los reyes? El imperio no existe ya; los reyes han ocupado el puesto del jefe temporal de la cristiandad; entre estos reyes hay cinco grandes potencias que tienen en sus manos los destinos de Europa, y, por decirlo así, del mundo, y tres son herejes ó cismáticos. ¿Por qué no usa el papa de su poder divino? ¿Por qué no confiere sus reinos á príncipes católicos? La pregunta parece una insultante ironía, y, sin embargo, es muy seria. Repetimos que los papas de la Edad Media se llamaban los amos de los reyes por derecho divino. ¿Cambia acaso el derecho divino? Si cambia, ¿qué se hace del catolicismo? Si es inmutable, debe ser en el siglo XIX lo que era en el siglo XII. Pero ¿qué son los papas de nuestros dias en comparacion de los Inocencios y de los Gregorios? Méenos que una vana sombra.

Desde que existe, la Iglesia ha reivindicado lo que llama su *libertad*. En la Edad Media, la *libertad de la Iglesia* se confundía realmente con la soberania: era el mismo derecho que el papado reclamaba contra el imperio y que llamaba tambien

su *libertad*. La *libertad de la Iglesia* era la *servidumbre del Estado*. Equiparabase la Iglesia al alma, el Estado al cuerpo: así como el alma tiene imperio sobre el cuerpo, lo tenia la Iglesia sobre el Estado; el Estado no tenia legitimidad por si mismo, no la tenía sino como delegado de la Iglesia; llevaba la espada temporal, pero la recibía de la Iglesia y debía desenvainarla cuando la Iglesia se lo ordenaba; las leyes que dictaba no tenían autoridad sino en tanto que fuesen aprobadas por la Iglesia, y eran nulas de pleno derecho en cuanto se hallaban en oposicion con la libertad eclesiástica. No bastaba esta soberania indirecta á la necesidad de *libertad* que sentía la Iglesia: poníase fuera del Estado y por cima del Estado; las inmunidades, los diezmos, la jurisdiccion hacian de la Iglesia un cuerpo independiente y que amenazaba invadir por completo el poder temporal; y todos estos derechos y todos estos privilegios los reivindicaba á título de derecho divino. ¿Sucede esto en el siglo XIX? Ábranse nuestras constituciones, las mismas que otorgan más derechos á la Iglesia, y en ellas se verá que la nacion es soberana. Hé aqui trocados los papeles: el *cuerpo* se ha convertido en amo; y como no puede haber dos soberanos, el *alma* se ha sometido al *cuerpo*, porque la soberania del Estado implica la dependencia de la Iglesia. Su libertad de derecho divino se ha convertido para la Iglesia en un verdadero embarazo; no osa ya reclamar los diezmos, y ya no se atreve á reclamar sus inmunidades. Preguntamos otra vez: ¿cambia el derecho divino? Si cambia, ¿qué es de la inmutabilidad católica? Si no cambia, ¿por qué no tiene ya la Iglesia en el siglo XIX los derechos que tenia en el siglo XII?

Ha cambiado la Iglesia hasta el punto de que no la reconocerian los grandes hombres del catolicismo si les fuera dado volver á la vida. Ahora bien, la Iglesia no es más que la manifestacion exterior de la religion: ¿podría ésta haber quedado lo mismo que era, mientras aquélla se ha trasformado? La proposicion implica contradiccion en sus términos. Supongamos que las creencias religiosas sean hoy todavía lo que eran en la Edad Media; la Iglesia sería tambien la misma, porque son las creencias religiosas, porque es la concepcion de la vida peculiar al catolicismo lo que ha dado á la Iglesia la soberana autoridad de que gozaba. Es, pues, de toda evidencia que, si no existe ya la Iglesia de la

Edad Media, tampoco la religion de la Edad Media existe. La dominacion del papado era espiritual, en el sentido de que su influencia se fundaba en la conciencia cristiana. Hablar de la dominacion del papado en el siglo XIX sería una torpe burla: ¿qué se ha hecho del imperio que ejercía sobre las conciencias? Hubo una época en que los papas levantaron al mundo al grito de *Dios lo quiere*; en nuestros dias hemos visto una nueva guerra de Oriente: ¿ha sido acaso una cruzada de la cristiandad contra los infieles? Todo lo contrario: para ir en su auxilio se ha coaligado la cristiandad. Hé ahí la verdadera señal de los tiempos. El cristianismo, omnipotente en la Edad Media, ha dejado de influir en los destinos de los pueblos, y su influencia ha cesado precisamente desde las horribles guerras de religion; el catolicismo, que dominaba en el mundo político, se ha visto obligado á abandonarlo á los príncipes y á los pueblos.

Y no se ha limitado á esto la decadencia ó la trasformacion de la religion. El cristianismo reinaba durante la Edad Media en el dominio de la inteligencia tanto como en la política: todo el movimiento intelectual procedía de la religion; no habia más que una ciencia, la teología, que lo abrazaba todo y ocupaba todas las fuerzas del espíritu humano. ¿Sigue presidiendo la teología cristiana al movimiento intelectual del siglo XIX? Esta pregunta parece tambien una ironía, y, sin embargo, si el catolicismo es divino, debe ser en el siglo XIX lo que era en el XIII. Si todo se refería á la religion, si todo procedía de ella en la Edad Media, ¿por qué no es así ya? La cuestion es seria, y bien lo conocen los restauradores de lo pasado, cuando han tratado de construir una ciencia católica. Pero despues de muchos programas pomposos, esperamos todavía la obra y la esperarémos indefinidamente. Y es que la ciencia vive de la libertad del espíritu; la libertad del espíritu ha producido realmente una ciencia, y esta ciencia da, acerca del mundo, acerca del hombre y de su destino, soluciones enteramente contrarias á las del catolicismo. Conciliad, pues, el catolicismo y la ciencia.

III.

Llegamos ya al punto más importante del debate suscitado por el ilustre historiador cuyo talento admiramos, pero de cuya opinion acerca del